

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes	6 reales.
Por tres id.	16 »
Por seis id.	32 »
Por un año.	60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion ó por comisionado.	24 reales.
Por seis id.	42 »
Un año.	80 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



GIL BLAS.

COSAS DEL DIA.

¡Dios mio, y qué revuelto anda el cotarro!
Hagan Vds. el favor de tender una mirada por el mapa, y verán que en todas partes baila la humanidad al mismo son.

El pueblo danubiano acaba de declararse
Libre, feliz é independiente
nombrando un sucesor incautamente.

La caída del príncipe Couza tiene tres bemoles.
Al más pintado le regalo yo el lance, segurísimo de que no le quedaria ganas de otro.

Figúrese Vd. que Couza, despues de echar un párrafo con cuatro amigos de confianza, se retira á descansar.

Son las dos de la madrugada, y tira la colilla de su cigarro.

Apenas el príncipe se mete en la cama y da un soplo á la luz diciendo:

—¡Dios nos amanezca con bien!

Entran precipitadamente unos oficiales muy guapos y le dicen:

—Señor, no venimos á mataros.

—¡Hombre! exclama el príncipe: esto ya es algo.

—Únicamente venimos á deciros que pongais vuestra firma en este papel.

—¿Qué significa ese escrito?

—Vuestra abdicacion.

—¿Es decir, que no estais contentos conmigo?

—No señor, que estamos dados á los demonios.

—¿Por qué no me lo habeis dicho antes? Afortunadamente, estoy yo deseandoirme á pasar una temporada á París. Venga el papel, que voy á firmar. Ya firmé. Eche Vd. polvos.

—Teneis un alma grande, príncipe.

—Pues la vuestra no es pequeña, cuando venis á darme este susto á una hora tan inconveniente.

—Os advertimos que quedais prisionero en vuestra habitacion. Buenas noches.

—Buenas noches, caballeros.

Y el príncipe se volvió del otro lado.

En Inglaterra siguen jugando al escondite los fenianos.

Estos fenianos son partidarios de la independencia de Irlanda, y trabajan que se las pelan por conseguir su propósito.

Pero el gobierno inglés tiene cada ojo como un plato.

Los persiguen, se esconden; los prenden, se esca-

pan; los destierran, vuelven: este es el cuento de nunca acabar.

Inglaterra tiene fenianos para algun tiempo.

Antes de salir de Europa, podria dar á Vds. alguna noticia lamentable sobre Polonia, Venecia, Roma, Ducados Alemanes, y la cuestion habida en el Congreso entre el conde de Xiquena y el Sr. Ruiz Pastor.

Pero no lo hago, porque no diga el respetable público que me limito solo á hacer [la historia de los pequeños.

¡América! Vean Vds. qué contraste. Desde que entramos en el Pacífico, apenas hemos tenido un solo día de paz. No he visto un Pacífico más alborotado.

Hoy nuestra escuadra está reunida en Valparaíso.

Los aficionados hubieran deseado verla reunida en las islas Chinchas.

En cuanto á Méjico, cada día se asegura más la inestabilidad del imperio.

Una carta de Juarez, desde Villa del Paso, dirigida al ministro de Méjico en Washington, manifiesta la pronta independencia de la patria.

Con la actitud de los Estados-Unidos, Maximiliano siente que el imperio se le va de entre los piés.

Quizá empiece ya á acordarse del consejo que le daban [los italianos antes de partir [de Europa para hacer la dicha de un pueblo que se ha empeñado en gobernarse á su modo.

Los italianos decian la verdad al entonces futuro emperador, en los siguientes versos:

Maximiliano,
non te fidare;
torna al Castello
de Miramare.

El tornará, no hay remedio. ¡Cuando la cosa está de Dios!...

GIL BLAS.

LAS CUERDAS.

Cuerda tirante.

1848.

—¡Pobrecitos! ¿Hace mucho frio en Filipinas? Así preguntaba cierta vieja, amiga nuestra, en el año de gracia de 1848, viendo partir á los infelices deportados, sin otro motivo que [su amor á la libertad... de los demás.

Efectivamente, en aquella época la aficion á las cuerdas habia tomado ya el carácter de vicio. Así es que no era extraño oír decir de uno que se hallaba preso:

—¡Infeliz! ¡Tiene cuerda para veinte años!

Lo mismo que si se dijera de un reloj: ¡tiene cuerda para veinte horas!

Nosotros vimos salir una de esas cuerdas que, por su traza, bien pudiera haber sido cuerda de pozo.

Y otra, que por lo estensa, parecia, más que una cuerda, un cable eléctrico submarino.

En tales días no era extraño hallarse uno al despertar, con una tarjeta de su padre despidiéndose para Filipinas.

Entonces fué cuando aprendí yo una cosa que me ha servido de mucho en lo sucesivo,—y es que las cuerdas sirven para algo más que para ahorcarse.

Cuerda floja.

1855.

—Señorito ¿para cuándo ha de estar el equipaje?

—Para esta noche, animal, ¿no sabes que marchó de madrugada?

—Bien, señor.

—Que no dejes nada sin empaquetar; cepilla bien el uniforme; mete el sombrero de picos en el saco de noche, y el paraguas en la sombrerera.

—Pero....

—No hay pero que valga; yo me voy á ver á mis compañeros de viaje y pronto vuelvo.

—¿Van Vds. muchos á Filipinas?

—Siete ú ocho.

—¿Todos amigos, eh?

—Ya lo creo; como que somos de la misma cuerda.

—Si yo pudiera ir allí de cualquier cosa, acompañaría á Vd. de buena gana.

—Bueno es saberlo, por si se presenta ocasion.... Tú ¿qué quieres ser?

—¿Yo? señorito, lo que me hagan... verbi gracia, sereno; ¿no hay serenos en Filipinas?

—Corriente: hablaré al ministro de la Guerra.

—Dios se lo pague, mi amo.

—Señora, ¿quiere Vd. algo para Filipinas?

—¿Cómo! ¿se marcha Vd.?

—Sí: marchó allí á ocupar un puesto, y me acompañan algunos amigos, todos de la cuerda del gobierno.

—¡Ya!

M. del Palacio.

EL GRAN PAÍS.

Pues señor, somos felices,
y si no estamos alegres,
será porque en este mundo
el que más goza más quiere.
Desde que ha subido O'Donnell,
todo es dichas y placeres;
está España y está Europa
como una balsa de aceite.
Vivimos como queremos,
y á nadie duda le quede
de que hemos de estar mejor,
como Dios no lo remedie.
El comercio está parado,
que andar mucho es contra higiene,
y los ministros de España
hacen todo lo que pueden.
Se venden casi de balde
los palillos de los dientes,
y aun regalados y todo,
sé yo que nadie los quiere.
Si se ve usted en el caso
de cambiar algun billete,
por cien reales no le llevan
más que unos noventa y nueve,
mientras enseñan las botas
ciertas damas cuando llueve.
Para encontrar una rosca,
hay que hacer, y esto divierte,
un viaje desde Madrid
hasta el imperio celeste.
Cierto es, que un cuarto en la corte
renta muchos alquileres;
pero en cualquier cementerio
se puede vivir de huésped,
y por unos... dos mil reales
tiene usted un nicho decente.
Nos hemos vuelto elegantes,
y usamos hace dos meses
los chalecos sin bolsillos
y el estómago con muelles.
Se puede tragar saliva
sin que el gobierno se entere,
y en las fondas dan cangrejos

EL HOMBRE DEL DURO.

Prólogo.

La crisis metálica nos lleva de la mano infaliblemente á un porvenir poco sonoro.
Hoy escasea la moneda.
Mañana no se encontrará ya ni por un ojo de la cara del señor ministro de Estado, que los oculta detrás de las gafas, con la intención que todos sabemos.
Dentro de poco, perdone Vd. por Dios.
El conflicto llega á paso de unión liberal; como si dijéramos, á trote largo.
Sobre la infortunada España no quedará ni una peseta para contar á nuestros hijos la ventura de sus padres.
¡Dichoso entonces el que posea un duro, porque de él será el reino de la tierra!
Dentro de algunos años, por ejemplo en 1896, aparecerá en Madrid un hombre rico, inmensamente rico... Poseerá un duro... ó sea cinco pesetas, ó veinte reales de vellón, ó doscientos céntimos de escudo.
Este feliz mortal será el coco mimado, el O'Donnell de la generación que empieza á vivir.
Hé aquí lo que sucederá en 1896 con el hombre del duro:

Llegada á Madrid del hombre que tiene un duro.

Son las tres de la tarde de un hermoso día.
La tropa está formada en el Prado, apoyando su izquierda en la estación del Mediodía, por donde debe llegar en un tren especial el hombre del duro.

á quien los paga corriente.
La libertad de la imprenta
es un hecho que convence,
y al cabo los periodistas
si no hablan... es que no quieren.
Tenemos un fiscalito
muy digno de mejor suerte,
pues con su barba y su lápiz
nos fascina y enloquece
Tenemos cien diputados
á quienes decirse puede
aquellos de... ¿duermes, Bruto?
cuando como Bruto duermen.
Pues señor, ¿qué más queremos?
¿habrá tontos que se quejen?
Yo me creo muy dichoso
con gobiernos como este,
con países como el mío
y tiempos cual los que vienen.
El cordel está á buen precio,
y en cualquiera parte venden
un baul de ricos fósforos,
que están diciendo: ¡comédme!
Dejemos correr la bola,
y truene por donde truene.

Eusebio Blasco.

ALMANAQUE CÓMICO-POLÍTICO

DE GIL BLAS PARA 1866.

Un volumen de 64 páginas en 4.º á dos columnas
con una magnífica cubierta.

Se vende en la administración del periódico, Huer-
tas 10, principal, y en las principales librerías.

Precio en Madrid, CUATRO REALES. En provincias,
CINCO, franco de porte.

La noticia había circulado por Madrid, y la Bolsa había subido.
—¡Dos ochavos! ¡Qué riqueza! exclaman algunos. Ese hombre se va á arruinar.
Este era el estado de la Bolsa, y el de los bolsillos, cuando las campanas tocaron á vuelo.
—Ya está ahí.
—Mírelo Vd., mírelo Vd., señora.
—¿Cuál es el del duro?
—Aquel hombre alto que entra en el carruaje saludando á la multitud.
—¡Qué guapo! dice una polla
—¡Qué buena proporción! añade una jamona.
—¡Qué chic tiene! grita un elegante que heredó de sus padres una fortuna enorme, ocho cuartos y medio en plata, cuya suma ha derrochado en muy pocos años con bailarinas y otros inconvenientes.
En tanto el hombre del duro, precedido por la orquesta del teatro Real, entra en su palacio, seguido de la muchedumbre.

Noticias del hombre del duro.

En el salón de conferencias del Congreso, en los salones del Casino, en los círculos literarios, en cafés y tertulias, se habla, se cuenta, se murmura del gran acontecimiento.
Los españoles tienen un mismo pensamiento; gracias á la desaparición total de la moneda, se ha realizado la decantada unidad de todas las conciencias y de todos los pareceres.
Todos piensan en el duro que posee uno solo.
—¡Un duro! ¿Cómo será?
—Dicen que es isabelino.
—No lo crea Vd.; yo he oído decir á un diputado que el duro es americano.

POR EL CORREO INTERIOR.

Sr. Gil Blas:

Mucho siento, amigo mío, que Vd. haya puesto tan alto al pobre *Fabricio*; y aunque de ménos nos hizo Dios, y muchos hay que *aprovecharon* bien su tiempo, *Fabricio*, su antiguo amigo, se ha quedado muy á la zaga de esos hombres de provecho para sí mismos, por más que este *provecho* cueste caro á las buenas cualidades, y sobre todo al país.

Pero ya, Sr. GIL BLAS, que Vd. me da importancia y me supone con alguna capacidad, haré por merecer ese aprecio distinguido, sacando fuerzas de flaqueza, y aguzando mi ingenio, que aun cuando es tan romo como pico de colchon, otros he conocido de esa misma calaña, y sin embargo, hoy parecen pinchos tan delgados, como alfileres de cortesana.

Es verdad que la posición en estos tiempos imprime en los hombres públicos, hasta lo que la misma naturaleza no pudo concederles, y por eso vemos muchos que, siendo muy bajos, están muy altos; y que de muy negados y casi estúpidos, se han convertido, *vellis nollis*, en hombres instruidos y de talento.

Desgracia es que se confunda hoy la malicia con el ingenio; pero esto es muy propio en épocas donde todo anda revuelto y como quiere *Roque*.

Y tan cierto es lo que digo, Sr. GIL BLAS, que no cambiaria yo mi pellejo de ciudadano particular, por el pellejo de ministro, y mayormente si este ministro era de *entrambas-aguas*.

Y Vd. tampoco haría tamaño disparate, porque para estar en el infierno, ó dar el alma al diablo, no le faltaria un momento oportuno.

Vd. sabe que no exagero.

El *belen* y el *quirigay* están á la orden del día en el *olimpio*, y viene el *uno* y vuelve el *otro*, y andan alrededor del eje como las barquillas y caballitos del Tío Vivo.

Perdone Vd., que me he equivocado; el dinero y la justicia hace ya tiempo que se nos fueron de esta tierra, y solo nos quedan los papeles, las farsas, el hambre, el miedo y el cabildeo continuo á las puertas del olimpo.

Y el tiempo es á propósito, porque estamos en Cuaresma, y Vd. sabe como yo, Sr. GIL BLAS, que el conde de San Luis, revestido de gran sacerdote, puso el otro día á la pobre unión la ceniza en la frente.

Todo esto se murmura en la vecindad, y se dice

—¡Cielos! ¡Americano! ¡De aquellos grandes, robustos, hermosos, y con un retintín que me río yo!

—¿Ha visto Vd. alguno?

—De niño tuve esa suerte, y su recuerdo vive aún en mi imaginación. Mi padre lo puso en una Sociedad de Crédito, y el cajero huyó con él á los Estados-Unidos. Desde entonces viene mi ruina.

Esta conversación es interrumpida por los vendedores de *La Correspondencia*, que gritan:

«*La Correspondencia* con las noticias del hombre del duro.»

Cien mil ejemplares se venden en media hora.

Hé aquí lo que dice el periódico noticiero:

«No se sabe á punto fijo dónde nació el hombre del duro, porque todas las provincias de España se disputan el honor de haberlo visto nacer. Los médicos aseguran que nació de pié.

Parece que sus padres volvieron de América inmensamente ricos; pues según los datos que hemos podido adquirir, han empleado más de dos pesetas en caminos y canales.

El hombre del duro vive solo, en compañía de un loro, que repite todos los días estas palabras:

*Un duro tiene mi amo;
¡Ayayay qué regalo!*

Ayer llegó el tren del Norte lleno de viajeros nacionales y extranjeros, que acuden á Madrid con objeto de conocer al feliz mortal que en estos tiempos posee un duro.

Varios capitalistas de esta corte han ido hoy á felicitarle, pidiéndole se interese por el crédito de las empresas de ferro-carriles, y hay esperanza de que destine algunos cuartos á esta importante cuestión.

Esta noche debe asistir al teatro Real el hombre del duro. Las primeras damas de la aristocracia lucirán en los palcos á porfía sus atractivos: los revendedores han hecho su



En los Estados Unidos, refugio de todos los perdidos de Europa, basta con esto.

En Inglaterra, asilo de todos los revolucionarios, basta con una varita.

En la culta Francia, se necesita ya un sable.

En la católica España se necesita algo más.

agosto, porque hay butaca que se ha vendido por dos garbanzos.

Háblase, ignoramos con qué fundamento, de que habrá una exposición del duro, con objeto de que el público pueda gozar de tan agradable espectáculo.

Después habrá una recepción para las personas más distinguidas, y en ella dejará oír el duro su simpática voz. ¡Dichosos los convidados!

Primeros triunfos.

Apenas se levanta al otro día el hombre del duro, un criado le anuncia que desea hablarle una comisión de la Academia española.

—¿A mí? Si yo no conozco á esos señores. En fin, que pasen.

La comisión entra y saluda con profundo respeto.

—Gran señor, esclama el que hace de presidente,—y es el académico que ha reemplazado á Cañete.—Gran señor, hubo un tiempo en que cada cual de nosotros ganaba un duro el día de sesión, y entonces inútil era recomendar la asistencia á los ilustres académicos. Hoy sucede lo contrario. ¡Ni hay duro, ni puntualidad! ¡Así no es posible que se sostenga el idioma castellano! Para que la Academia española recobre su antiguo esplendor, no hay más que un medio, y ese medio está en manos de Vd.

—¿De veras? ¿Y qué puedo yo hacer en el asunto?

—Hace ocho días murió un académico, y confiamos que Vd. aceptará la vacante.

—¿Y con qué títulos?

—Con los mejores; pues sabido es que el único hombre que tiene un duro, es también el único que hoy día habla en plata. Al olor del duro, los académicos volverán á su antigua puntualidad, y el idioma castellano tornará á ser, como en los felices tiempos de Cervino, el encanto de los corazones sensibles y de las inteligencias tiernas.

—Por amor al idioma de mis padres, acepto con sumo gusto.

—¡Oh dicha! Con tan fausto motivo, la Academia ofrecerá un premio á la mejor oda en elogio del duro.

Sube la Bolsa.

—¿Qué busca esta muchedumbre que se agolpa en la Puerta del Sol?

—Que va á pasar por aquí el hombre del duro.

—¡Caracoles! Pues yo también me quedo.

Mi interlocutor saca un periódico, y se pone á ver un grabado. Al poco tiempo esclama:

—¡Oh! ¡Quién fuera su dueño! ¡Huy, qué rico!

—¿Qué es eso, caballero? ¿El retrato de alguna mujer hermosa?

—¡Quí! Mujeres hermosas las tengo yo á puntapiés; lo que miro es el grabado del duro que ha repartido *El Museo Universal*.

—¿Quiere Vd. hacerme el favor de dejarme que lo vea?

—Mírelo Vd. ¡Y considerar que esto, es decir, el original de esto, es la dicha, la riqueza, la felicidad suprema! ¡Ah! ¡Quién tuviera un duro!

—¡Oh, quién tuviera siquiera medio!

—Ya se contentaría Vd. con dos pesetas.

Aquí llegaba la conversación, cuando pasa en coche el hombre del duro, que se dirige á la Bolsa.

El papel subió á las nubes, y la crisis quedó conjurada.

El crédito volvía á sonreírnos.

La salvación de la patria.

Dos cosas preocupan vivamente á todos los españoles, según su sexo.

Los hombres necesitan que el héroe del duro quiera dignarse aceptar la cartera de Hacienda:—cuestión de comer.

Las mujeres se desviven por averiguar cuál ha de ser la esposa del hombre del duro:—cuestión de chupar.

El problema se resuelve de este modo: A los ocho días de su estancia en Madrid, el hombre del duro acepta la cartera de Hacienda, y se une en estrecho vínculo á la duquesa del Ayuno, de la nobleza más antigua de la católica España.

Podía decirse que la crisis estaba vencida, y en adelante iba á ser venturosa la nación que poseía un duro.

Desenlace.

Los periódicos son el origen de todos los males, como van Vds. á ver.

Al día siguiente sale *GIL BLAS* con una caricatura ridiculizando al hombre del duro, y asegurando á los lectores que el tal duro es falso.

Cunde la desconfianza.

Se hace preciso dar una satisfacción al público.

Por primera providencia, se lleva á la cárcel al editor del periódico.

Después se forma un expediente, y para que vuelva el crédito, se lleva el duro á la Casa de la Moneda.

Los empleados, que hacia diez años que holgaban, ¡descolgaron algunos troqueles llenos de telas de araña; hicieron una prueba, y con efecto... el duro resultó falso.

Hubo que poner en la calle al editor de *GIL BLAS*, cuyo periódico salió al otro día riéndose de nuestra credulidad.

Luis Rivera.

que los momentos son críticos, ó lo que es lo mismo, que el Gran Cristiano de Tetuan está en crisis.

No lo extraño.

Ya sabe Vd. que hay ciertas señales de mal agüero, y ciertos pajarracos que anuncian cambios de temporal con su presencia.

Pues lo mismo pudiéramos decir de lo que pasa en las Cámaras.

Vd. sabe que hay senadores tan prudentes, tan cautos y tan oportunos, que conocen la via de las *corrientes* mucho mejor que el que las inventó, y que no se dejarán llevar de ninguna, como no vaya directa.

Vd. sabe también que se presentó por el Sr. Calonge una enmienda al art. 4.º del proyecto de ley de imprenta, en la que se priva á los militares del *aqua et ignis*, y que á esta obra contribuyen con no poca voluntad el duque de Valencia y el marqués del Duero.

Vd. sabe que esta conducta significa, cuando menos, que la reaccion arrecia, y que es tanto como impulsar al Sr. Posada Herrera y consortes á que aprieten un poco más las ya apretadas clavijas de la descompuesta guitarra, y á fé, á fé, que el Sr. Calonge no es memo en eso de templar cuerdas.

Por lo mismo, si Vd. gusta, Sr. GIL BLAS, puede venirse con su amigo *Fabricio* á un palco, desde donde veremos la mascarada á su gusto; y podremos distinguir mejor los movimientos de las parejas que bailen redowas, habaneras, polkas y hasta la galop infernal ó la jota, ó el fandango; pues un baile público tiene de todo, y á veces se termina con una contradanza nacional.

El pandero, por de pronto, está en manos de los unionistas; pero los moderados, y los polacos, y los neos, dicen que no lo saben tañer, y pretenden arrancárselo á toda costa.

Hay más; dicen que no se lucen las cintas y que los *cascabeles* no suenan.

Y dicen...

Pero no todo se puede decir, Sr. GIL BLAS; la prudencia es el mejor consejero, segun opinan los *confesores*, y por eso no hay gente más prudente que los frailes, las monjas y los sacristanes.

Y... mas concluyo, que llaman á la puerta y temo que sea algun impertinente ó rufian, y no quiero que sorprendan mi secreto.

Sin embargo, antes de terminar esta epistola, debo decir á Vd. dos cosas:

Que los unionistas, al pasar de la cuerda floja á la tirante, perdieron el balancin, dejándole caer en manos de los moderados; y que se está ensayando una comedia casera.

Es y será siempre muy amigo de Vd.,

FABRICIO.

CABOS SUELTOS.

Pensamientos sacados de los discursos del señor

Posada Herrera.

—Todas las cuestiones se resuelven con el criterio de la libertad.

—No quiero la libertad á medias, sino la libertad entera.

—Con la actual ley de imprenta me basta para reprimir todos los excesos. (*Cuatro meses despues, en el Senado.*) No me basta la ley de imprenta vigente, y os presento este remiendo.

—Señores, no estoy por la previa censura, aunque la he usado cinco años.

—En vez de tratar con los electores, creo más prudente tratar con los diputados que nos envían.

(*Podrá continuarse.*)

¿Saben Vds. por qué no se exige en el nuevo proyecto de ley de imprenta, la firma de los autores al pie de los artículos?

El ministro de Ultramar lo ha dicho: porque nada es más fácil que firmar un escrito otra persona que el verdadero autor del escrito.

Con la misma razon podria decirse: no se castiga el robo, porque nada más fácil que robar sin que sea visto el ladrón.

Confesamos que el ministro de Ultramar dice de poco tiempo á esta parte, cada oportunidad que canta el credo.

El Sr. D. Tristan Medina, pñesbítero, dice que se aparta de la política, porque se han exacerbado sus dolores físicos y morales.

Hace muy bien.

Por mi parte, me limito á decirle como aquel labriego del cuento:

—¡Que ce cudie ucia ilustricima, que está mu dergadita!

Un periódico cuenta con mucha seriedad, que en un concierto verificado últimamente en París, el emperador tomó de manos de Mr. Allard el violin que éste acababa de tocar admirablemente, y ejecutó en él algunas escalas y acordes, con gran agilidad y maestría.

Compadezco á la nacion que ayer aplaudió á Racin, poco mas tarde á Danton, luego á Emilio Girardin, y hoy aplaude á Napoleon por un golpe de violin que á mí me suena á violon.

Ayer oí augurar á un diputado de la mayoría que hay tres ministros malos.

—¿Tres nada más? Yo juraria que habia siete ú ocho.

—¡Hombre! quiero decir tres ministros que no se encuentran bien.

—Pues si así no se encuentran bien, ¿cómo diablos quieren estar?

Se está ensayando en el teatro de la Zarzuela una nueva produccion, titulada *Los cómicos de la legua*.

¿Por qué no la habrán hecho los Catalinas?

Las últimas noticias recibidas de Chile, anuncian que el jefe de nuestra escuadra ha quemado *las presas*. No me parece mal.

Parece que el diputado ministerial Sr. Camprodon, ha puesto algunos reparos al presupuesto de Marina.

¡Marina! ¡Marina! ¿No es esta una zarzuela del Sr. Camprodon?

Ha vuelto á aparecer *La Bolsa*.

No hay que preguntar si viene vacia.

Pastor que sus ovejas deja en el campo, y se vuelve á su casa sin el rebaño, podrá ser para el lobo muy buen hallazgo; mas entre los pastores que piensen algo, tendrá más de perdido que de *ganado*.

Nada menos que seis concejales han sido destituidos en Zaragoza por orden del gobierno. Los seis eran progresistas.

Señores, la cosa va siendo grave.

El asunto toma proporciones colosales, y estamos amenazados seriamente.

La *Correspondencia* continúa dando bombos al teatro del Circo, de una manera que llama ya la atencion de los padres de familia.

Segun la estadística formada por un curioso, se han publicado en las columnas de dicho periódico de poco tiempo á esta parte:

42 bombos al *Abogado de pobres*.

40 á la *Revista de un muerto*.

8 á *Dulces cadenas*.

25 á la concurrencia, que cada vez es mayor.

80 á doña Matilde Diez.

30 á Catalina, como actor.

20 á Catalina, como inteligente director.

Total: ¡185 bombos!

¡Qué cifra tan elocuente!

El alcalde de Orihuela, segun *El Español*, ha dejado sin empleo á todo bicho viviente que estaba bajo su jurisdicción.

¡Hasta ha dejado cesante á un establecimiento de sanguijuelas!

(No es alusion á ningun ministerio.)

El Sr. Madoz ha dirigido una carta á *La Nacion*, en la que dice que despues de haber cesado la cordial inteligencia entre Espartero y Olózaga, él cesa á su vez de intervenir en su partido.

Y añade que el tiempo hará justicia á la pureza de sus aspiraciones.

¿Qué aspiraciones podrán ser estas, cuando el Sr. Madoz, hace en esto lo que aquel personaje de comedia,—*se embosca y váse?*

La Union liberal va á dar una ley de empleados, que asegure el porvenir á los que ella ha dado turrón. Me alegro.

Mañana dirá la historia á las razas que vendrán: —¡Ved! no cayeron con gloria, pero cayeron con pan.

Por la boca muere el pez.

Por la boca muere también un ministro.

El Sr. Calderon Collantes ha anatematizado en el Senado la conducta de los que, como el Sr. Calderon Collantes el año pasado, leen escritos denunciados para que lleguen al público.

Compadezco á S. E.

Pero no lo puedo llorar.

Parodia de un epigrama.

Tuvo que elegir Pascual entre la Union liberal y la cox de un burro atroz; y dijo:— El lance es fatal!... pero, en fin, venga la cox.

Dice *La Patria* que el ministerio cuenta con una mayoría robusta y disciplinada en ambas Cámaras.

¿Robusta? Así come ella.

¿Disciplinada? Pues señor, volvemos al tacto de codos.

Ya está el conde de San Luis camino de las andadas; yo me alegro, que las bromas, ó pesadas, ó no darlas.

La Esperanza se lamenta de la tiranía que va á ejercer sobre la prensa con el proyecto de ley presentado por el gobierno.

¡Hasta *La Esperanza*!

En cambio *La Política*, la liberal é independiente *Política*, se calla como un muerto.

En cambio, también, el Caton del Congreso, el Sr. Rios Rosas, apoya á este gobierno.

¡Narvaez, Nocedal, Rios Rosas, Cánovas, Posada, *El Diario Español*, todos confundidos y abrazados al mismo sistema!

¡Ingratos!

Ya os lo dirán de misas.

Dicen que la Union espira... ¡si me parece mentira!

—

Pero ¿á qué vino la Union? A hacer bueno á Don Ramon.

—

Señores, ¿veis lo que pasa? ¿Esto es gobernar, ó es *guasa*?

—

Y la cosa está en un trís, pues resucita San Luis.

—

¡Vaya, déme usted la mano, que esto marcha, ciudadano!

—

El politico belen me gusta. ¡Bien! ¡Retebien!

EDITOR RESPONSABLE, D. SANTOS SALMERON.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 12.